

# Apuntes y Recuerdos del Camino de Santana

Por M. A. GONZALEZ RODRIGUEZ (1)

Transformado en calles y avenidas, en solares yermos y jardines abandonados, está hoy el que fué viejo y polvoriento Camino de Santana o del Pru, de Misamores, de La Aguedita o de Gazcue. Su longitud era de unos dos kilómetros; su ancho de seis o siete metros, en algunas partes más, en otras menos. Comenzaba en la Plaza Independencia y terminaba, por un lado, con motivo de una bifurcación que tenía cerca de su término, en la estancia nombrada Santa Ana, propiedad de don Pedro María Mejía, y por el otro, en la estancia del general Alejandro Woss y Gil.

En el mismo lugar en que hoy comienza la calle La Vega, empezaba el Camino de Santana o del Pru. Tan pronto como se caminaban por él unos veinte metros con dirección al Oeste, se veían a la derecha, cerca de un árbol de mamón, siete u ocho arruinados panteones que añoraban años mejores. Tenían apenas cincuenta centímetros de altura y en sus lápidas marmóreas se leían nombres que no eran castellanos (2). Según informes del caballero don Ignacio Carlos Guerra y Guerra, vecino de este lugar, dichos panteones fueron destruídos cuando se comenzó a construir el Teatro Independencia. Era, en fin, un triste y abandonado cementerio en que no figuraba una cruz; en que no se aspiraba, al caer de la tarde, el aroma de rosas y azucenas.

(1).— Con el presente escrito iniciamos la publicación de una serie de crónicas que recogen diversas tradiciones y leyendas, así como un acervo de datos relativos a la villa extramural de San Carlos, que cuenta ya más de dos centurias de existencia. Su autor, señor Manuel Angel González Rodríguez, pasó a mejor vida en la precitada villa, hoy incorporada a la ciudad Capital de la República, el día 23 del año 1952, a la edad de sesenta y seis años. Había nacido el 5 de agosto de 1886 y fué bautizado en la iglesia parroquial de San Carlos el día 21 del mismo mes y año, siendo apadrinado por el general José Dolores Pichardo Betancourt, conocido político dominicano de los días de Ulises Heureaux. Era hijo de Manuel González y de Cornelia Rodríguez de González. De extracción humilde, desde muy joven tuvo que ganarse el sustento y no le fué posible frecuentar las aulas escolares, pero gracias a sus propios esfuerzos logró alguna instrucción. En el servicio judicial estuvo al frente de los siguientes cargos: Escribiente. Secretario de Alcaldía, alguacil en diversos tribunales y, por último, Juez de Instrucción del Distrito Judicial de Santo Domingo, puesto en que permaneció largos años y en el cual muchas de sus decisiones abonaron su criterio jurídico. Cuando murió hacía tiempo que ocupaba una plaza de miembro de la Cámara de Cuentas de la República.

(2).— En el año de 1853 el cónsul de la Gran Bretaña en esta ciudad, Sir Robert H. Schombourgh, solicitó y obtuvo del Ayuntamiento una porción de terreno para dedicarlo a un cementerio para sus compatriotas. En efecto, le fué concedido un pedazo de terreno "situado frente al Cementerio Católico, retirado del camino real y en los guayabales que hacen frente a la casa nombrada la Generala." (A.G.N.— Correspondencia del Ayuntamiento de Santo Domingo. Año 1853). *Nota de V. A. D.*

Caminando alrededor de diez metros más, se llegaba al Hoyo del Barro, el cual estaba a la izquierda, frente a la puerta de la estancia propiedad de don Marcos Polanco. El Hoyo del Barro contenía una extensión superficial como de mil quinientos metros cuadrados, por uno y dos de profundidad. Estaba en parte sembrado de yerba de Guinea y parecía ser su dueño don Félix Alfonseca, hombre recio de cuerpo, de estatura alta, color blanco y malas pulgas, quien tenía del lado oeste, fuera del hoyo, un rancho fabricado con tablas usadas y un tren de carretas para caballos y mulos.

Casi tocando al Hoyo del Barro, se hallaba la estancia del Pru con escogida variedad de frutales. Se distinguía de las demás en que a la cerca de alambres de Púas le seguía otra de *mayas*. Dicha propiedad, para el año de 1898, era una de las más industrializadas en los alrededores de la antigua ciudad de Santo Domingo, hoy la hermosa y limpia Ciudad Trujillo. Poco antes de llegar a la estancia del Pru, la cerca de la parte sur del camino de Santana se inclinaba hacia el punto cardinal mencionado. Por esto, el inmueble citado presentaba un saliente en su esquina noreste. En este saliente se hallaba la puerta con el frente al Este.

Hemos dicho que la hacienda del Pru era una de las más industrializadas, porque en ella se curtían pieles y se fabricaban ladrillos. Generalmente se cree que el Hoyo del Barro es la consecuencia de esta última industria y de una igual que hubo en la propiedad de don Marcos Polanco. Con respecto a la que se hallaba en la estancia del Pru, don Manuel Joaquín Lugo, Lico, nos ha informado que en ningún tiempo se utilizó la tierra del Hoyo del Barro para hacer ladrillos en el tejear de la estancia del Pru. Esta es la pura verdad. Al presente hay seis o siete casas construídas en el Ensanche Lugo, sobre los grandes hoyos que se hicieron para extraer el barro con que se fabricaron los ladrillos en el tejear mencionado. Dichas casas se hallan en las calles Las Carreras y Leonor de Ovando. Ahora, para nosotros que conocimos tanto la extensión y la profundidad que tenía el Hoyo del Barro, cuanto la capacidad y la duración que tuvo el tejear que existió en la heredad de don Marcos Polanco, consideramos que el Hoyo del Barro no es del todo el resultado de esta industria, aunque en ella sólo se usara la tierra del hoyo citado.



Por lo que hace relación a otras consideraciones, diremos que tan luego como se ponían los pies en el umbral de la puerta de la estancia del Pru, se estaba en una avenida cobijada por hermosos dividivis o *guatapanaes*. Por esta puerta, y de vez en cuando, salía en un coche de su propiedad, un hombre de estatura baja, de complexión gruesa, de color blanco, tirando ligeramente a cobrizo, con los cabellos, el bigote y la *perilla* teñidos de negro. Era don Tomás Joaquín Lugo, propietario de la estancia del Pru, que se dirigía a su establecimiento comercial denominado *La Bota Blanca*, situado en la casa que hoy está marcada con el No. 75, en la calle El Conde, esquina a Sánchez. Fué don Joaquín, además de un soldado digno de honor y alabanza en la célebre batalla de Santomé, un incansable y honrado trabajador; un hombre de tener bigotes.

Las estancias a las cuales se iba por el Camino de Santana, yendo de Este a Oeste, conservaban el orden que se expresa a continuación: hacia la derecha, la de don Marcos Polanco, Misamores, La Aguedita y Gazcue; hacia la izquierda, el Pru, la del Dr. Arvelo, La Primavera, la de don Manuel María Gautier y la de don Juan Nepomuceno Sánchez. La que pertenecía a don Manuel María Gautier y La Primavera, no tenían puertas hacia el Camino de Santana. Por lo anteriormente dicho, se establece que cuatro de estas propiedades carecían de nombres determinados; se conocían o distinguían por los nombres de sus propietarios. Don Pedro Antonio Lluberes, era el dueño de Misamores, de La Aguedita y de Gazcue; el terrateniente que tenía mayor cantidad de estancias o haciendas. Fué don Pedro un hombre liso, de complexión ligeramente gruesa, de estatura mediana, de color blanco y pelo lacio, con el bigote y la barba poblados. Vestía regularmente de blanco y usaba finos sombreros de panamá. Hacía frecuentes favores sin pensar en la recompensa ni en el agradecimiento; buscaba sólo al hombre de bien. Es claro que al proceder así, practicaba, quizás sin conocerla, esta moral doctrina de Séneca: "Es propio de espíritus grandes y elevados el hacer bien sin preocuparse de retorno, teniendo en mientes únicamente la persona beneficiada, en busca siempre del hombre bueno, así no hubiese encontrado sino malos. ¿En que estriba la belleza de la acción si, obligando a muchos, no nos engañara ninguno?"

Entre la estancia de Misamores y la del Dr. Arvelo, el Camino de Santana tomaba la dirección Norte, la que mantenía cerca de cien metros en una cuesta de poco declive. Al final de esta cuesta, se veía, hacia la izquierda, a una distancia sobre poco más o menos de cincuenta metros, la casa en que vivía el Dr.

Arvelo. Esta era de tapias con techo de zinc a dos vertientes. Tenía galería en el frente y miraba al Este. Delante de ella y próximo al camino, un hermoso árbol de *jobo de puerco*, tan hermoso que otro igual no había en diez leguas a la redonda, brindaba al transeúnte sombra protectora, paz y flores. En el día, la casa No. 40 de la calle La Vega, ocupa el lugar en que se hallaba la casa que hemos descrito.

Al terminar la cuesta mencionada, el Camino de Santana doblaba hacia el Oeste. En la dilatada curva que describía para seguir esta última dirección, se hallaba la casa de La Aguedita, con su frente al Sur. Era una hermosa casa fabricada de maderas extranjeras con techo de zinc. Ocupaba el sitio en que hoy se halla la casa No. 55 de la Avenida Bolívar.

No muchos pasos después, dos altos y centenarios corozos, a los cuales el tiempo había arrancado de sus troncos las espinas, mostraban en sus hojas, perpetuamente marchitas, la aridez de aquellas tierras en que las horas pasaban lentas y solas.

Más adelante, tanto como un kilómetro, se hallaba la casa de la estancia de Gazcue, construída de maderas extranjeras con techo de zinc a cuatro vertientes. Tenía el frente contra el Sur y distaba del camino aproximadamente trescientos metros.

Todo el pavimento del Camino de Santana era de barro colorado, exceptuando el de la cuesta ya dicha, que estaba formado de piedra caliza. Al llegar a la esquina noroeste de la estancia de don Manuel María Gautier, arrancaba un ramal que, tomando la dirección Sur, avanzaba unos trescientos metros. Luego seguía rumbo al Oeste hasta llegar a la heredad del general Alejandro Woss y Gil.

Acerca de todo esto, añadiremos que las caobas que hoy se ven en la Avenida Bolívar, hacia la izquierda, yendo de Este a Oeste, se hallaban al comenzar la estancia de don Manuel María Gautier, a un trecho del camino como de sesenta metros. En la misma propiedad estaba el Monte de Caminero, frente al cual se encontraban la puerta de la estancia de Gazcue y un frondoso algarrobo que daba gloria verlo con sus flores purpúreas en el invierno. Era el Monte de Caminero alto y cerrado. Fué en un tiempo cazadero de palomas con señuelos, puesto que uno de sus árboles estaba aparejado con clavos para este propósito.

En suma: con potreros de pasto natural hacia la parte norte, yermos y tristes; potreros, malezas y monte hacia la parte sur, que no acababan nunca, el Camino de Santana no tenía un lugar pintoresco ni alegre. Era un camino solitario, tedioso y sin vida; siempre seco, siempre igual.

NOTA: Siguiendo la pronunciación que le da el uso, escribimos "Camino de Santana", en vez de Santa Ana.

